Misericordia quiero

Es difícil escribir esto cuando respiramos ira y rencor contra aquellos que amenazan nuestras vidas, si sentimos inseguridad, al vivir de cerca la fragilidad de la existencia humana. Vidas que surgen y se extinguen como la llama de una vela sin razón… Sin embargo la misericordia es una virtud básica en el cristianismo, que practicó hasta una muerte que engendra vida –ésta sí– Jesús, el Cristo.

Así lo entendió el papa Francisco cuando anunciaba el Viernes de la Tercera Semana de la Cuaresma de 2015 un nuevo año de gracia, un jubileo extraordinario dedicado a la misericordia. Aproximadamente un mes más tarde, mediante la bula *Misericordiae Vultus*, publicada el 11 de abril del mismo año, se convocaba oficialmente el mismo, que se extendería desde la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen María hasta la de Cristo, Rey del Universo.

Analizando etimológicamente esta palabra encontramos los términos latinos *miser* –desgraciado, que causa compasión– y *cor* –corazón, órgano en el que residen los sentimientos según la antigua tradición clásica–. Así, «misericordia» sería la cualidad de sentir piedad hacia los desdichados. Siguiendo esta línea argumentativa y por extensión, la misericordia cristiana debe ser reflejo necesario de la divina, que se compadece de la criatura suprema cuando ésta cae en el engaño del pecado y pierde los dones preternaturales: integridad, inmortalidad, impasibilidad, ciencia y perfecto dominio. Porque Dios no la abandonó, "antes bien les dispensó siempre los auxilios para la salvación, en atención a Cristo Redentor, «que es la imagen de Dios invisible, primogénito de toda criatura»" (LG 2). Por eso el lema del jubileo nos llama a ser "misericordiosos como el Padre".

En el Evangelio encontramos numerosas referencias a la misericordia; de hecho al propio Lucas se le llama a veces «el evangelista de la misericordia divina». Tres célebres parábolas refrendan este sobrenombre: la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo (cfr. Lc. 15). Sin embargo, en Mateo esta virtud se empapa de tintes de exigencia al ser demandada a los seguidores de Jesús. En la escena del juicio final, las sentencias se dictan en base a la compasión hacia el prójimo o la negligencia en ella (cfr. Mt. 25, 31-46). Pero es en el capítulo 9 donde el ex publicano incluye en la argumentación de Jesús parte de una profecía de Oseas –"Misericordia quiero y no sacrificios"–, precisamente en el pasaje de su vocación. Es la llamada a la conversión de un miserable: un injusto recaudador de impuestos que trabaja para los invasores romanos. Los fariseos se preguntan cómo puede un hombre santo comer en compañía de pecadores; el Maestro responde que ha venido para curar a los enfermos de cualquier tipo, a arropar a los que Lo necesitan.

Tendríamos que mirar hacia nuestro interior y reflexionar sobre nuestras actitudes al respecto. ¿Son cristianas? Quizás nos hemos perdido en el sacrificio, en el culto vacío y hemos creído que así agradábamos a Dios, olvidando la misericordia. Una misericordia sin la que las alabanzas, las peticiones y las acciones de gracias resultan estériles. Porque en los ritos nos ofrecemos también nosotros, y no podemos separar fe y vida. El Pueblo de Dios tiene que caminar necesariamente por la senda de la misericordia, por la vía del "perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los

que nos ofenden” y abrir las puertas al despreciado. Entonces sí brillará nuestra luz y se manifestará la novedad de este Reino.